

Deuteronomio 32:8-9 y la cosmovisión del Antiguo Testamento

Deuteronomio 32:8 describe la dispersión de las naciones por Yahweh en Babel y la consiguiente desheredación de esas naciones, entregándolas a otros dioses menores (*elohim*). Deuteronomio 32:9, por el contrario, afirma que la nación de Israel pertenece sólo a Yahweh:

Cuando el Altísimo repartió las naciones en herencia, cuando dividió la humanidad, estableció las fronteras de los pueblos según el número de los hijos de Dios. Pero la porción de Yahweh es su pueblo, Jacob su heredad asignada.

Las traducciones basadas en el texto hebreo tradicional del Antiguo Testamento dicen "hijos de Israel" en lugar de "hijos de Dios". La frase "hijos de Dios" procede de manuscritos del Deuteronomio hallados entre los Rollos del Mar Muerto, rollos mucho más antiguos que el texto tradicional "recibido". La referencia a Babel en Deuteronomio pone de relieve un punto importante en relación con este desacuerdo en los manuscritos. La división de las naciones en la Torre de Babel (Gn 11:1-9) está relacionada con la Tabla de las Naciones de Gn 10, que la precede directamente. La Tabla de Naciones cataloga 70 naciones, *pero no incluye a Israel*. ¿Por qué? Porque Israel no existía en la época del acontecimiento de Babel. Esto hace que la referencia a los "hijos de Israel" en Deut 32:8 sea ilógica e insostenible: Lo más probable es que "hijos de Dios" se cambiara por "hijos de Israel" en algún momento después de que la comunidad judía -en respuesta a la nueva iglesia cristiana y su uso de la Septuaginta- "estandarizara" el texto hebreo en el siglo II d.C.

La visión israelita de las naciones y sus dioses

Deuteronomio 32:8-9 es fundamental para comprender la cosmovisión del Israel del Antiguo Testamento. Estos dos versículos explican tanto la existencia de los panteones extranjeros como su inferioridad respecto a Yahweh. Un pasaje paralelo a Deut 32:8-9, Deut 4:19-20, nos proporcionará el contexto necesario.

Y guardaos de levantar los ojos al cielo, y viendo el sol, la luna y las estrellas, todo el ejército del cielo, seáis atraídos y os inclinéis a ellos, y les sirváis a los que el SEÑOR vuestro Dios ha repartido entre todas las naciones debajo de todo el cielo. Pero el SEÑOR os ha tomado y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis un pueblo de su heredad, como lo sois hoy.

Deuteronomio 4:19-20 y 32:8-9 representan dos caras de la misma moneda. En Deuteronomio 32:8-9, Dios asigna las naciones a los hijos de Dios; aquí, sin embargo, Dios asigna los dioses a las naciones. Los israelitas, en otras palabras, creían que Yahweh, su propio Dios supremo y único, sentenciaba a las naciones y a sus dioses. En Babel, Dios, como un padre que despide y deshereda a sus hijos, juzga a todas las naciones por su desobediencia (Gn 11:1-9). Luego, en el capítulo siguiente, llama a Abraham (Gn 12:1-3), empezando de nuevo a crear una familia humana terrenal para Sí mismo.

Estos otros dioses, a los que Deut 32:8 se refiere como "los hijos de Dios", eran miembros del ejército celestial de Yahweh. La Escritura condena en otros lugares tanto a los miembros de las naciones como a sus dioses por deslealtad y corrupción (Sal 82).

Vincular las naciones paganas gentiles y sus dioses de esta manera dio a la cosmovisión bíblica su enfoque particular en hacer a los israelitas distintos de otras naciones y sus dioses. Estas fronteras espirituales entre Israel y cualquier otra nación indicaban que la lealtad a otras naciones no podía separarse de la lealtad a sus dioses. Las distinciones se extendían incluso a la geografía física, que para los israelitas era geografía cósmica.

Consideremos dos ejemplos de estas implicaciones espirituales: la circuncisión y la ley. La circuncisión recordaba a Israel que era la porción de Yahweh. Otras naciones practicaban la circuncisión, pero para ellas no tenía el mismo significado que para Israel. Para Israel, la circuncisión era de naturaleza sexual y procreadora y, por tanto, simbolizaba el nacimiento de la nación a través de la intervención milagrosa de Yahweh. Al elegir a Abraham y Sara, Yahweh había desheredado a todas las demás naciones humanas.

Del mismo modo, las leyes israelitas comparten muchos rasgos con otras culturas del antiguo Cercano Oriente, pero el fundamento de las leyes es exclusivo de Israel. En la religión israelita, las leyes están inextricablemente ligadas a una relación de alianza eterna entre Yahweh y el pueblo. Esta perspectiva, derivada del estatus único de Israel como herencia de Yahweh, no aparece en otros códigos legales.

El concepto de geografía cósmica queda iluminado por otros ejemplos. Israel, como herencia de Yahweh, era tierra santa. Del mismo modo, el territorio de otras naciones, según el decreto de Yahweh, pertenecía a otros dioses. Pero en el curso de la historia del Antiguo Testamento, Israel se había convertido en esclavo de los egipcios y necesitaba una liberación sobrenatural de Egipto y sus dioses. Para heredar posteriormente la tierra prometida -ahora ocupada por naciones que adoraban a otros dioses- Israel tendría que reclamar su herencia terrestre mediante una guerra santa. Así, una vez en la tierra, los israelitas seguían creyendo que su tierra pertenecía exclusivamente a Yahweh y era Su dominio sagrado: las demás naciones, aunque estuvieran en Israel, estaban bajo el dominio de dioses malignos menores.

Primera de Samuel 26 refleja esta creencia. David, a quien Saúl persigue, se siente angustiado por no estar en tierra santa:

Saúl reconoció la voz de David y dijo: "¿Es ésta tu voz, hijo mío David?". Y David respondió: "Es mi voz, mi señor, oh rey". Y dijo: "¿Por qué persigue mi señor a su siervo? ¿Qué he hecho yo? ¿Qué mal hay en mis manos? Ahora, pues, oiga mi señor el rey las palabras de su siervo. Si es el SEÑOR quien te ha incitado contra mí, que acepte una ofrenda; pero si son los hombres, que sean maldecidos delante del SEÑOR, pues me han expulsado hoy para que no tenga parte en la heredad del SEÑOR, diciendo: 'Vete, sirve a otros dioses'."

David vincula el hecho de estar en Israel con la capacidad de adorar a Yahweh. ¿Por qué? ¿Es que David ignora que Dios puede estar en cualquier parte? No: David sabe que Israel es la porción de Yahweh y que Yahweh ha desheredado todos los demás territorios y se los ha entregado a los otros dioses. David no puede adorar sin estar en tierra santa. David no quiere tener nada que ver con tierra fuera de Israel, donde otras naciones adoran a sus dioses. Más bien, desea estar en el espacio sagrado de Yahweh.

Otro curioso incidente refleja este mismo aspecto de la cosmovisión de Israel. Después de que el profeta Eliseo le sana, Naamán, comandante del ejército de Siria (un dominio fuera de Israel) hace una extraña petición al profeta:

Entonces Naamán dijo: "Si no, por favor, que se le den a tu siervo dos mulos de carga de tierra, porque de ahora en adelante tu siervo no ofrecerá holocausto ni sacrificio a ningún dios sino al SEÑOR. Que el SEÑOR perdone en esto a tu siervo: cuando mi señor entre en la casa de Rimón para adorar allí, apoyándose en mi brazo, y yo me incline en la casa de Rimón, cuando me incline en la casa de Rimón, que el SEÑOR perdone en esto a tu siervo". Él le dijo: "Vete en paz".

La aparentemente extraña súplica de Naamán por suciedad refleja claramente la cosmovisión de Deut 32. Él quiere asegurarse de adorar al Dios de Israel de ahora en adelante. Y como la única manera de estar seguro de que adora al Dios verdadero es adorarlo en tierra sagrada, decide llevarse un poco.

La cosmovisión israelita en el Nuevo Testamento

La idea de que los dioses corruptos (hijos de Dios) pueblan y controlan ciertas regiones geográficas seguía prevaleciendo en la época del NT. Pablo utilizó terminología geográfica para describir las huestes celestiales: principados, soberanos, tronos, autoridades, potestades, dominios (Ef 6:12). El ejemplo más dramático, sin embargo, puede ser el acontecimiento de Pentecostés en Hechos 2, donde Dios comienza a reclamar todas las naciones para Sí. En otras palabras, Dios no ha abandonado para siempre a las naciones. Incluso en el Antiguo Testamento, Israel debía ser un reino de sacerdotes, mediadores entre las naciones desheredadas y el Dios verdadero. Las leyes, los profetas y las Escrituras de Israel transmitían a las naciones el conocimiento del Dios verdadero. En este sentido, Cristo se convirtió en el mediador definitivo, reconciliando a todas las naciones con Dios.

MICHAEL S. HEISER

Véase también:

Deuteronomio 32:8 y los Hijos de Dios